

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO. TUCÍDIDES.**Por Cavilius**

La muerte se presentó en todas sus formas y, como suele ocurrir en tales circunstancias, no hubo exceso que no se cometiera y se llegó más allá todavía. Los padres mataron a sus hijos, los suplicantes fueron arrancados de los templos y asesinados en sus inmediaciones, e incluso hubo algunos que fueron emparedados en el templo de Dioniso y murieron allí.

(III 81, 5)

Aunque a menudo pueda parecerlo, la Historia de la Humanidad no es, por suerte, la historia de sus guerras. Estas no son más (ni menos) que manchas en el currículum del ser humano. Y consignarlas en forma de relación de acontecimientos, de crónica detallada de sucesos, no puede ni debe entenderse como la satisfacción de un oscuro deseo ni como el enmascaramiento de ninguna aviesa intención, sino que tal relato más bien debe juzgarse como el seguimiento de una enfermedad, de un proceso degenerativo, quizá congénito, que ataca al género humano y contra el cual, y gracias a su conocimiento, hemos de aprender a vacunarnos para evitar nuevos brotes, por imposible que suene la tarea.

Es el paso del tiempo lo que permite que se gane en perspectiva respecto de cualquier acontecimiento histórico y, gracias a ello, que éste pueda ser estudiado con mayor objetividad. Sin embargo, aunque la distancia es casi indispensable para ganar imparcialidad, conviene no olvidar que lo sublime o lo terrible de los hechos que se analizan no desaparece por grande que sea esa distancia; que una guerra en el siglo V a.C. no es menos abominable, trágica, repudiable ni cruel que otra que apenas haga unas décadas que haya terminado; que una masacre sucedida en una ciudad que ni siquiera sepamos dónde ni cuándo existió, no es menos masacre que la que azotara hace escasos años la ciudad en que vivimos; o que el invento de la rueda no es menos revolucionario, la redacción del Quijote no es menos relevante o la llegada del hombre a la Luna no es menos significativa, porque nos separe de todo ellos una cierta cantidad de tiempo o de espacio. En ese difícil equilibrio está, por definición, aquel que quiera estudiar el pasado con un cierto rigor. Ese es el reto que tiene ante sí, esos los abismos en los que no debe caer.

Cuando aquello que se pretende estudiar es una guerra la exigencia de imparcialidad se hace imperiosa, pues de otro modo el estudio se convertiría en apología de uno de los bandos o lo que es lo mismo, en descrédito del bando contrario, y ambas cosas son fácilmente desarmables. En el caso de la guerra del Peloponeso, que tuvo lugar en el mundo griego durante 27 años del siglo V a. C., por si no fuera poco con la perspectiva ganada con el paso del tiempo, el estudioso dispone de una pieza de valor incalculable: una obra escrita justo después de concluido el conflicto por alguien que participó en él, y que sin embargo no lo presenta como una guerra de «buenos» y «malos» (no puede haber «buenos» cuando unos y otros son los que deciden ir a la guerra) sino como un enfrentamiento de griegos contra griegos en el que las atrocidades se reparten a partes iguales. Esa obra es la que posteriormente se conoció como *Historia de la guerra del Peloponeso*, y su autor fue Tucídides de Atenas.

Tucídides, hijo de Óloro (no hay que confundirlo con Tucídides hijo de Melesias, político ateniense contemporáneo y algo mayor que él), nació hacia el año 460 a.C. en el seno de la acomodada familia de los Filaidas, a la cual había pertenecido también Milcíades, el héroe de la batalla de Maratón. Era la época de la Atenas expansionista que tras capitanear la victoria sobre los persas en las Guerras Médicas había afianzado su papel en el mundo construyendo un imperio autosuficiente cuyas ansias de

crecimiento no parecían tener límites. Era la Atenas que observaban con ojos recelosos sus vecinos de Esparta, otrora aliados suyos contra los persas, y que ahora veían en el fervor ateniense una amenaza para el *status quo* del mundo griego, hasta entonces controlado por ellos. Esa atmósfera fue la que respiró el joven Tucídides, de cuya vida poco se sabe, apenas lo que él mismo cuenta en sus escritos. Creció en ese periodo conocido (gracias a que él así lo bautizó) como *pentecotecia* (período de 50 años), que va del fin de la guerra contra el medo (479 a.C.) al inicio de la guerra del Peloponeso (431 a.C.). Según algunos fue discípulo de Anaxágoras (al igual que Sócrates) y del orador Antifón (cabeza pensante del golpe de estado oligárquico en Atenas el 411 a.C., y que recibe importantes elogios de Tucídides en su *Historia*). En el medio siglo que va del 479 al 431 Atenas se convirtió, de la mano de Pericles, en la gran potencia del mundo griego, lo que generó continuos enfrentamientos diplomáticos y bélicos entre ellos y los espartanos, y entre partidarios de uno y otro bando (enfrentamientos que constituirían lo que algunos han llamado la «primera guerra del Peloponeso»); finalmente (445 a.C.), una paz que en principio habría de durar 30 años y apenas duró 14, zanjó oficialmente el conflicto. En esos casi tres lustros de tregua las hostilidades, recelos y provocaciones entre ambos bandos se mantuvieron. La vuelta a las armas, el 431 a.C., alcanzó a Tucídides en la treintena de años, edad suficiente para ser elegido uno de los 10 estrategos que anualmente nombraba Atenas. Cuando se produjo la epidemia de peste que diezmo la ciudad al inicio del enfrentamiento, él la sufrió en sus carnes¹. Probablemente recibió el cargo de estratego algo más tarde, en 424 a.C., y ese mismo año lo perdió al ser destituido y exiliado de su ciudad². Y aquí se acaban las noticias sobre su vida. Tradicionalmente se ha pensado que vivió exiliado en sus propiedades de Skaptè Hyle, en Tracia, el resto de la guerra hasta que el fin del conflicto le permitió regresar a Atenas. En algún momento decidió hacer un relato de los hechos bélicos³. Murió probablemente rondando los 70 años de edad, en Atenas según unos, en Tracia según otros (en la Magna Grecia según los más atrevidos), en la primera década del siglo IV a.C., y todo apunta a que la muerte le impidió concluir su obra, pues su intención era abarcar la totalidad de la guerra⁴, y en cambio sólo encontramos narrados los hechos sucedidos durante 21 (hasta el 411-410 a.C.) de los 27 años (hasta el 404 a.C.) que duró la guerra.

La *Historia de la guerra del Peloponeso*, seguramente la única obra que escribió Tucídides, es, como su título indica, una investigación enmascarada bajo la forma de crónica de hechos históricos (lo que significa el término griego es precisamente «investigación»). Siguiendo la costumbre que se percibe en la mayoría de escritores griegos, nada más comenzar su obra Tucídides se identifica y expone las motivaciones que le han llevado a querer narrar el conflicto:

Tucídides de Atenas escribió la historia de la guerra entre los peloponesios y los atenienses relatando cómo se desarrollaron sus hostilidades, y se puso a ello tan pronto como se declaró,

¹ «Yo mismo padecí la enfermedad y vi personalmente a otros que la sufrían». II 48, 3.

² «Se ha dado la circunstancia, además, de que he estado desterrado de mi patria veinte años, después de mi mando de Anfípolis». V 26, 5.

³ «Y, al vivir los acontecimientos en los dos campos, y sobre todo en el de los peloponesios, a causa de mi destierro, he tenido la calma necesaria para comprenderlos un poco mejor. Voy, pues, a relatar las diferencias que siguieron a los diez años, la violación de los tratados y la forma como se desarrollaron las hostilidades a continuación». V 26, 6.

⁴ «El mismo Tucídides de Atenas ha escrito también la historia de estos hechos, relatándolos según el orden en que se sucedió cada uno, por veranos e inviernos, hasta el momento en que los lacedemonios y sus aliados pusieron fin al imperio de los atenienses y ocuparon los Muros Largos y el Pireo». V 26, 1

porque pensaba que iba a ser importante y más memorable que las anteriores. Basaba su conjetura en el hecho de que ambos pueblos la emprendían en su mejor momento gracias a sus recursos de todo tipo, y en que veía que los restantes griegos, unos de inmediato y otros disponiéndose a ello, se alineaban en uno u otro bando. Esta fue, en efecto, la mayor conmoción que haya afectado a los griegos y a buena parte de los bárbaros; alcanzó, por así decirlo, a casi toda la humanidad.

(I 1, 1)

Lo que sigue a continuación es una descripción pormenorizada, exhaustiva y sin ahorrarse detalles, carente de emotividad, seca y lineal, del conflicto que enfrentó a griegos contra griegos, que se extendió por todo el mundo griego conocido, desde Sicilia hasta las ciudades de Asia Menor, y que Tucídides vio, vivió y sufrió en primera persona. Sin embargo, y pese a estar él alineado en uno de los bandos enfrentados, su rigor y desapasionamiento es abrumador. Él mismo aparece en su relato (como no puede ser de otra manera, pues formó parte de los hechos que describe) pero su presencia pasa casi inadvertida. Siendo ateniense no escribe para ensalzar a Atenas (la visión que se desprende de la obra tiende más bien a lo contrario, si acaso) ni a ninguna otra ciudad; perteneciendo al bando perdedor no trata de redimirlo. Tampoco pretende crear un relato bello y ameno, al estilo de otros:

Sin embargo, no se equivocará quien, de acuerdo con los indicios expuestos, crea que los hechos a los que me he referido fueron poco más o menos como he dicho y no dé más fe a lo que sobre estos hechos, embelleciéndolos para engrandecerlos, han cantado los poetas, ni a lo que los logógrafos han compuesto, más atentos a cautivar a su auditorio que a la verdad, pues son hechos sin pruebas y, en su mayor parte, debido al paso del tiempo, increíbles e inmersos en el mito. Que piense que los resultados de mi investigación obedecen a los indicios más evidentes y resultan bastante satisfactorios para tratarse de hechos antiguos.

(I 21, 1)

Su intención es otra: Tucídides se da cuenta de la magnitud de la tragedia que ha assolado su mundo⁵, de que esa tragedia es incomparable a cualquiera otra que haya sucedido antes⁶, y por ello decide contar lo sucedido por si puede ser de utilidad para el futuro⁷.

Vale la pena, como consecuencia de lo dicho acerca del estilo y motivos de Tucídides, reparar en el hecho siguiente: Tucídides escribe apenas una generación después que Herodoto de Halicarnaso (a quien quizá llegara a conocer en persona), el «padre de la Historia» según Cicerón, autor de la obra que lleva ese título, *Historia*, la

⁵ «Y esta guerra de ahora, aunque los hombres siempre suelen creer que aquella en la que se encuentran ellos combatiendo es la mayor y, una vez acabada, admiran más las antiguas, esta guerra, sin embargo, demostrará a quien la estudie atendiendo exclusivamente a los hechos que ha sido más importante que las precedentes». I 21, 2.

⁶ «De los hechos anteriores el más importante fue la guerra contra los medos, a pesar de que ésta se decidió rápidamente en dos batallas navales y dos terrestres. La duración de esta guerra nuestra, por el contrario, ha ido mucho más allá, y ha ocurrido que en su transcurso se han producido en Grecia desastres sin parangón en un periodo igual. Nunca tantas ciudades fueron tomadas y asoladas, unas por los bárbaros y otras por los mismos griegos luchando unos contra otros -algunas hay incluso que cambiaron de habitantes al ser conquistadas-; nunca tampoco había habido tantos destierros y tanta mortandad, bien en la misma guerra bien a causa de las luchas civiles». I 23, 1.

⁷ «Me conformaría con que cuantos quieran informarse de la verdad de lo acaecido y de las cosas que en algún otro momento hayan de ser iguales o parecidas, de acuerdo con la ley de los sucesos humanos, la consideren útil». I 22, 3.

primera que se conserva del género historiográfico; y sin embargo, el estilo, la intención, el tono, son completamente diferentes. Herodoto toma partido, cuenta anécdotas escasamente verificadas y difícilmente verificables, adopta un enfoque ligero y entretenido:

La publicación que Herodoto de Halicarnaso va a presentar de su historia, se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos, como de los bárbaros. Con este objeto refiere una infinidad de sucesos varios e interesantes, y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos a los otros.

(Herodoto, *Historia*, I 1,1)

Tucídides hace todo lo contrario:

Tal vez la falta del elemento mítico en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra ante un auditorio... En resumen, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre más que como una pieza de concurso para escuchar un momento.

(I 22, 4)

Y si quisiéramos comparar al ateniense con Jenofonte, quien completó con sus *Helénicas*, acaso partiendo de anotaciones que habría dejado Tucídides, la labor iniciada por este (y que prolongó el relato hasta casi 50 años más allá), apreciaríamos aún más el rigor, la verosimilitud, la exhaustividad, la imparcialidad e incluso la calidad literaria de Tucídides.

No queda duda, por tanto, de que esta obra es una lectura árida, una subida sin asideros a los que agarrarse más que el propio interés del lector por conocer los hechos. Es una crónica que no pretende crear algo bello ni emocionar ni apelar a los sentimientos sino exponerlos de la manera más blanca e imparcial que sea posible (y sin embargo, escarbando en algunos lugares de la obra quizá podemos entrever al Tucídides de carne y hueso que demuestra sentimientos acerca de la historia que está contando), lo cual es en este caso tanto más difícil por cuanto Tucídides participó en el conflicto que narra; es una crónica que no se apoya en ningún momento en el suspense por la incertidumbre del desenlace de la guerra porque esa incertidumbre no existe, porque la obra está dirigida a todos los griegos y todos los griegos conocen perfectamente cómo acabó el conflicto. En realidad el griego nunca necesitó el suspense, la incógnita de no conocer el final de una historia para mostrar interés en ella; los mitos eran conocidos por todos y sin embargo eran recitados una y otra vez por los rapsodas y eran representados en los teatros, y sus oyentes se emocionaban siempre que los escuchaban. El suspense, la intriga, es un invento posterior, un artificio del que los griegos no necesitaban, al que eran ajenos; los griegos gozaban de esa falta de artificiosidad, de esa ingenuidad que hoy en día se ha perdido y sólo se puede encontrar si acaso en los niños, que son capaces de ver una y otra vez la misma historia, de leer incansablemente el mismo cuento y disfrutar cada vez como la primera. Esa ingenuidad griega, esa manera de estar en el mundo, no sólo en lo que concierne a ese aspecto sino en su vivir y afrontar las cosas en general, es algo que hoy en día no existe. Lo más aproximado que podemos encontrar es releer un libro o volver a ver una película por el simple placer que produce su lectura o su visión y por volver a experimentar las sensaciones que tuvimos la primera vez; pero evidentemente en la ingenuidad griega, e incluso en la ingenuidad de los niños, hay bastante más que un mero recordar placeres o emociones. Por eso es

necesario, de vez en cuando, acudir a los textos clásicos aunque sólo sea para reencontrar esa ingenuidad que le fue esencial al ser humano de hace milenios y que en el mundo de hoy en día nos parece tan absolutamente infantil y casi estúpida.

Tucídides cuenta, por tanto, los horrores de la guerra sin tapujos; en ocasiones con mayor detalle, a veces con menos, pero el ateniense no elude mencionar las destrucciones de ciudades hasta los cimientos, los aniquilamientos de poblaciones enteras, las masacres innecesarias sobre hombres, mujeres y niños... pasa sobre todo ello como un águila que observara el escenario bélico desde el cielo, instalado en una imparcialidad y una asepsia asombrosas. No incluye, como Herodoto, chascarrillos ni historias dudosas (aunque leyendo detalladamente sí se descubre alguna). Tiene un especial interés por explicar no sólo los sucesos de la guerra sino las causas que los originan; esta capacidad de análisis, entre otras cosas, se encuentra a faltar en los otros dos autores citados, Herodoto y Jenofonte. El estilo de Tucídides está claramente influido por el movimiento sofístico que inundó Atenas a partir de la segunda mitad del siglo V a.C., algunos de cuyos rasgos eran la racionalidad y el interés en el análisis causal de los fenómenos. También se ha visto una influencia del método hipocrático, igualmente en boga en aquellos tiempos, en lo que respecta al meticuloso estudio de los hechos, la búsqueda de sus causas y la previsión de sus consecuencias. En cuanto a la técnica literaria empleada por Tucídides, este se vale de dos medios: las descripciones, en las que adopta el papel de simple cronista de lo que ve, y los discursos de los protagonistas, en los que son estos los que toman la palabra e intervienen directamente en el relato. Respecto a las primeras, el propio Tucídides explica su metodología:

En cuanto a los hechos acaecidos en el curso de la guerra, he considerado que no era conveniente relatarlos a partir de la primera información que caía en mis manos, ni como a mí me parecía, sino escribiendo sobre aquellos que yo mismo he presenciado o que, cuando otros me han informado, he investigado caso por caso, con toda la exactitud posible. La investigación ha sido laboriosa porque los testigos no han dado las mismas versiones de los mismos hechos, sino según las simpatías por unos o por otros o según la memoria de cada uno.

(I 22, 2-3)

Cabe imaginar al ateniense recorriendo toda Grecia, preguntando a testigos de uno y otro bando, verificando testimonios, confrontando datos. Como él mismo dice en otro lugar, su situación de exiliado le permitió tener un mayor distanciamiento, una mayor perspectiva de los movimientos, decisiones, aciertos y errores de su propio bando y del contrario, distanciamiento y perspectiva necesarios para «comprenderlos un poco mejor». En cuanto a los discursos, la mayoría son presentados en estilo directo, como parlamentos tomados directamente de boca de quienes los pronunciaron, aunque evidentemente no pudo ser así en casi ningún caso:

En cuanto a los discursos que pronunciaron los de cada bando, bien cuando iban a entrar en guerra bien cuando ya estaban en ella, era difícil recordar la literalidad misma de las palabras pronunciadas, tanto para mí mismo en los casos en los que los había escuchado como para mis comunicantes a partir de otras fuentes. Tal como me parecía que cada orador habría hablado, con las palabras más adecuadas a las circunstancias de cada momento, ciñéndome lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas, en este sentido están redactados los discursos de mi obra.

(I 22, 1)

Estuvieran estos discursos más o menos ajustados a como se pronunciaron en realidad, lo que sí es innegable es que algunos de ellos constituyen auténticas piezas maestras de la oratoria, al hallarse cargados los unos de fuerza persuasiva, los otros de emotividad, de habilidad discursiva, de síntesis de toda una manera de entender los hechos desde la posición y perspectiva de quienes los pronunciaron. La habilidad retórica con que Tucídides presenta a sus oradores es sin duda otro préstamo de la sofística. Y es precisamente en los discursos donde se aprecia mejor la gran distancia que hay entre Tucídides y Herodoto o Jenofonte, en capacidad de observación, en comprensión de la realidad no como mera yuxtaposición de hechos sino partiendo de las causas que los originan, y en cómo estos hechos deben de ser interpretados por los protagonistas. Junto a estos discursos en primera persona aparecen también algunos, muy pocos, presentados en estilo indirecto, como si fueran un elemento más del relato. Y, finalmente, algunos textos (acuerdos bélicos básicamente) son transcritos en su literalidad tal y como fueron redactados.

La guerra del Peloponeso, llamada así desde la orilla ateniense, se prolongó durante diez años a los que sucedieron otros siete de paz y diez más de guerra, hasta que finalmente las tropas espartanas entraron en Atenas y demolieron sus murallas. Tucídides tuvo la suficiente perspicacia para entender que esos casi 30 años constituían un bloque, que la guerra antes y después de la paz era la misma ya que ese periodo de armisticio no fue más que un intermedio, una paz ficticia, durante la cual las tensiones no desaparecieron nunca, aunque sí los enfrentamientos directos. En esas casi tres décadas fueron numerosos los hombres que saltaron a la palestra del panorama político y militar, y pocos los que se mantuvieron de pie en ella hasta el final. Y aunque en toda la obra Tucídides no nos da nunca su opinión sobre lo que está relatando ni sobre quienes participan en ello, algunos de esos protagonistas sí son definidos no por el cronista sino por el hombre. Vale la pena citar ejemplos:

- Temístocles, héroe de las guerras Médicas, precursor del poderío naval ateniense, que murió hacia el 465 a.C. (pocos años antes del nacimiento de Tucídides):

Temístocles, en efecto, era un hombre que mostraba de la forma más evidente la capacidad de su talento natural, y en este aspecto especialmente más que en ningún otro era digno de admiración; por su propia inteligencia, y sin necesidad de repararla o de desarrollarla con el estudio, daba la mejor resolución a los asuntos del momento con la reflexión más rápida y respecto al futuro de su visión era la de más largo alcance. Lo que tenía entre manos era capaz de explicarlo a la perfección, y respecto a aquello en lo que no tenía experiencia, no dejaba de dar un juicio adecuado; preveía, además, extraordinariamente las ventajas y los inconvenientes cuando todavía eran imprevisibles. En una palabra, este hombre, gracias a los recursos de su talento natural y a la brevedad de sus preparativos, era muy hábil para improvisar lo que hacía falta.

(I 138, 2)

- Arquidamo, rey espartano protagonista de la primera fase de la guerra:

Arquidamo, el rey de los lacedemonios, que tenía fama de hombre inteligente y sensato.

(I 79, 2)

- Pericles, primer ciudadano ateniense al inicio de la guerra:

Él, que era el hombre más poderoso de su tiempo y que dirigía la política de Atenas, se oponía en todo a los lacedemonios, y no permitía que se hicieran concesiones, sino que incitaba a los atenienses a la guerra.

(I 127, 3)

Lo consideraban el hombre más valioso para las necesidades de toda la ciudad. En efecto, durante todo el tiempo que estuvo al frente de la ciudad en época de paz, la gobernó con moderación y veló por ella con seguridad, y durante su mandato Atenas llegó a ser la ciudad más poderosa; y una vez que la guerra estalló, también en aquellas circunstancias quedó claro que había previsto su potencia. Sobrevivió dos años y seis meses al inicio del conflicto, y después de su muerte se reconoció aún más la clarividencia de sus previsiones respecto a la guerra.

(II 65, 5)

• Brásidas, el más capaz y brillante general espartano durante la guerra:

Era un hombre que en Esparta tenía fama de enérgico en todas las coyunturas y en sus servicios exteriores demostró ser un individuo muy valioso para los lacedemonios... La rectitud y la inteligencia de las que Brásidas entonces había dado pruebas, cualidades que unos habían conocido por propia experiencia y que otros habían apreciado de oídas, contribuyeron especialmente a inspirar en los aliados de Atenas sentimientos de simpatía hacia los lacedemonios. En efecto, al ser el primero en salir de su país y granjearse la reputación de hombre honesto en todos los aspectos, dejó por doquier una firme esperanza de que los demás lacedemonios fueran como él.

(IV 81, 1)

Tampoco estaba falto de talento oratorio, para ser lacedemonio.

(IV 84, 2)

• Cleón, líder del pueblo ateniense tras la muerte de Pericles:

Era en todos los aspectos el más violento de los ciudadanos y con mucho el que ejercía una mayor influencia sobre el pueblo en aquel entonces.

(III 36, 6)

• Nicias, general ateniense rival de Cleón y principal promotor de la paz que interrumpió la guerra:

Así, por estas razones, o por razones muy parecidas, murió Nicias, el griego de mi tiempo que menos mereció llegar a tal grado de infortunio por su modo de vivir totalmente sometido a las normas de la virtud.

(VII 86, 5)

• Alcibíades, general ateniense rival de Nicias y protagonista de la última década de la guerra:

Lo que más le movía era su deseo de ser estratega de la expedición y su esperanza de que Sicilia y Cartago fueran conquistadas bajo su mando y de que con su éxito pudiera prestar servicio a sus intereses particulares, tanto en el aspecto económico como en el de la fama. Gozaba, en efecto, de la consideración de sus conciudadanos y alimentaba deseos que

excedían a sus posibilidades, tanto en lo referente a sus cuadras de caballos como en otras prodigalidades.

(VI 15, 2)

Leer la *Historia de la guerra del Peloponeso* no es leer sobre Historia sino que es leer la Historia misma. No sólo por lo que representa en sí misma esa obra, sino por las múltiples referencias que se pueden establecer entre ella y otras de la misma época, o entre ella y otros personajes históricos que aun sin ser mencionados en sus páginas, vivieron lo que en ellas se cuenta. Tal es el caso, por citar un ejemplo, de Sócrates, personaje de quien se suele tener una imagen tan ajena a la guerra y que sin embargo la vivió de principio a fin; de él sabemos que únicamente abandonó su ciudad natal, Atenas, cuando esta misma se lo exigió, participando como hoplita en tres ocasiones: al inicio de la guerra en la batalla de Potidea, ciudad situada en la península Calcídica, donde salvó la vida a un joven Alcibíades; en la batalla de Delio contra los beocios, que supuso una terrible derrota para Atenas, y en la batalla de Anfípolis, otra derrota que tuvo graves consecuencias para la ciudad y para Tucídides. Tal es el caso, por citar otro ejemplo, de las comedias de Aristófanes, escritas la mayoría (del total de once que se conservan) durante la guerra: *Los acarnienses* refleja el clima que se vivía en Atenas a los pocos años de iniciado el conflicto; *Los caballeros* y *Las avispas* son una dura crítica al demagogo Cleón e incluso al voluble pueblo ateniense; *La paz* fue escrita el año en que se firmó la llamada «paz de Nicias» entre Atenas y Esparta; *Lisístrata* es otra parodia al hilo del hastío de la guerra... Estas obras reflejan como pocos textos pueden hacerlo el modo en que el ateniense de a pie vivía y sufría el conflicto.

En su origen, en la obra de Tucídides cada año de la guerra coincidía físicamente con un rollo escrito (todavía era así en tiempo de Aristóteles), y además la obra aparecía unida (quizá editada así desde un principio por Jenofonte) a la continuación de la guerra que escribió Jenofonte (los manuscritos más antiguos de ese texto llevan por título «Suplemento de la Historia de Tucídides»). Es posible que en tiempos de Cornelio Nepote y Cicerón (siglo I a.C.) la *Historia* de Tucídides aún se conociera con ese formato, es decir, abarcando el conflicto bélico de principio a fin. Cuando el texto llegó a la Biblioteca de Alejandría sucedió que los rollos allí empleados para las copias eran de mayor grosor, con lo cual la estructura de la obra cambió y pasó a ser la actual de ocho libros (Antecedentes – 3 años – 3 años – 3 años – 7 años – 2 años – 1 año – 2 años). Por otra parte, se separó de modo arbitrario y variable, según el criterio de los editores alejandrinos, el texto de Jenofonte del de Tucídides y nació así como obra autónoma las *Helénicas*. Vale la pena mencionar que Jenofonte no fue el único que se interesó en continuar la labor de Tucídides; que se sepa, también el historiador Teopompo de Quíos, en el siglo IV a.C., escribió unas *Helénicas* continuando el trabajo tucidídeo.

Los ocho libros en que quedó dividida la obra de Tucídides se reparten casi 21 años de guerra de una manera más o menos uniforme. Aunque una reseña no debería hablar del contenido del libro reseñado más de lo necesario, y el límite está obviamente en no explicar el contenido (que no el argumento), sí vale la pena en este caso hacerlo, por varias razones: porque, tratándose de un relato de hechos históricos, no se traiciona en ningún modo al autor si se desvela el desarrollo y desenlace de los mismos, pues cualquiera con interés en ellos puede conocerlos echando un vistazo a un libro de historia griega; porque en este caso una breve exposición del contenido resultará interesante para mostrar, siquiera en breves y contadas citas, el tratamiento que Tucídides hace de los hechos; y finalmente porque de ese modo, cuando se acuda a la lectura del texto, el lector ya sabrá de antemano lo que se le va a contar, de manera que

se encontrará en situación, si así lo desea, de tratar de recuperar esa ingenuidad griega que antes se mencionaba: la ingenuidad de conocer la historia y a pesar de ello disfrutarla como si no fuera así.

Tucídides comienza su relato (libro I) haciendo un breve recorrido por los orígenes del pueblo griego hasta llegar al momento actual, mencionando incluso la guerra de Troya (cuya existencia ningún griego dudó jamás) y con especial detenimiento en la historia reciente de Atenas y en el periodo de la Pentecontecia. Tras esta introducción se exponen tres hechos desencadenantes, en mayor o menor medida, de la guerra peloponesia (el conflicto de Corcira, el de Potidea y el decreto de Megara), aunque la auténtica razón, el auténtico motivo para que se desencadenara la guerra, fue tan sencillo como este:

La causa más verdadera, aunque a la que menos se manifiesta en las declaraciones, pienso que la constituye el hecho de que los atenienses al hacerse poderosos e inspirar miedo a los lacedemonios les obligaron a luchar.

(I 23, 6)

«Este día será para los griegos el principio de grandes desgracias» (II 12 1), es la frase que pronunció el último emisario que los espartanos enviaron a los atenienses al verse rechazado sin siquiera ser escuchado; tras esta frase dio comienzo la guerra.

Lo más destacable del relato tucidídeo de la primera fase del conflicto (libros II, III, IV y parte del V), que se caracterizó por invasiones anuales del territorio ateniense por parte de los peloponesios hasta que un acontecimiento (la toma de Pilos) permitió a Atenas jugar sus propias bazas, es lo siguiente:

- El discurso de Pericles a los caídos tras el primer año de guerra. Obra maestra de la oratoria, que condensa en breves páginas el espíritu del pueblo ateniense:

Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos, y más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría, es democracia.

(II 37, 1)

Pero, en definitiva, si nosotros estamos dispuestos a afrontar los peligros con despreocupación más que con un penoso adiestramiento, y con un valor que no procede tanto de las leyes como de la propia naturaleza, obtenemos un resultado favorable: nosotros no nos afligimos antes de tiempo por las penalidades futuras y, llegado el caso, no nos mostramos menos audaces que los que andan continuamente atormentándose.

(II 39, 4)

Y es justo que sean considerados los más fuertes de espíritu quienes, aun conociendo perfectamente las penalidades y los placeres, no por esto se apartan de los peligros.

(II 40, 3)

Resumiendo, afirmo que nuestra ciudad es, en su conjunto, un ejemplo para Grecia.

(II 41, 1)

Tal es, pues, la ciudad por la que estos hombres han luchado y han muerto, oponiéndose noblemente a que les fuera arrebatada, y es natural que todos los que quedamos estemos dispuestos a sufrir por ella.

(II 41, 5)

· La descripción de la situación en Atenas ante el caos de la enfermedad que diezmó la ciudad apenas comenzada la guerra y que acabó con la vida de un tercio de la población, entre ellos el propio Pericles:

Apareció por primera vez, según se dice, en Etiopía, la región situada más allá de Egipto, y luego descendió hacia Egipto y Libia y a la mayor parte del territorio del Rey (Persia). En la ciudad de Atenas se presentó de repente, y atacó primeramente a la población del Pireo.

(II 48, 1)

En plena salud y de repente, se iniciaba con una intensa sensación de calor en la cabeza y con un enrojecimiento e inflamación en los ojos, por dentro, la faringe y la lengua quedaban enseguida inyectadas, y la respiración se volvía irregular y despedía un aliento fétido. Después de estos síntomas, sobrevenían estornudos y ronquera, y en poco tiempo el mal bajaba al pecho acompañado de una tos violenta; y cuando se fijaba en el estómago, lo revolvía y venían vómitos con todas las secreciones de bilis que han sido detalladas por los médicos, y venían con un malestar terrible.

(II 49, 2-3)

Afectaba, en efecto, a los órganos genitales y a los extremos de las manos y de los pies; y muchos se salvaban con la pérdida de estas partes, y algunos incluso perdiendo los ojos. Otros, en fin, en el momento de restablecerse, fueron víctimas de una amnesia total y no sabían quiénes eran ellos mismos ni reconocían a sus allegados.

(II 49, 7-8)

Unos morían por falta de cuidados y otros a pesar de estar perfectamente atendidos. No se halló ni un solo remedio, por decirlo así, que se pudiera aplicar con seguridad de eficacia; pues lo que iba bien a uno a otro le resultaba perjudicial. Pero lo más terrible de toda la enfermedad era el desánimo que se apoderaba de uno cuando se daba cuenta de que había contraído el mal.

(II 51, 2-4)

Cuerpos de moribundos yacían unos sobre otros, y personas medio muertas se arrastraban por las calles y alrededor de todas las fuentes movidos por su deseo de agua. Los santuarios en los que se habían instalado estaban llenos de cadáveres, pues morían allí mismo; y es que ante la extrema violencia del mal, los hombres, sin saber lo que sería de ellos, se dieron al menosprecio tanto de lo divino como de lo humano.

(II 52, 2-3).

· El discurso entre los atenienses Cleón y Diodoto sobre el castigo para Mitilene: esta ciudad de la isla de Lesbos quiso rebelarse contra Atenas, y el correctivo a ese intento fue decidido en una sesión asamblearia muy acalorada: muerte a todos los hombres y esclavitud a mujeres y niños. Al día siguiente el pueblo ateniense, disuadido por el discurso de Diodoto, recapacitó y decidió ejecutar sólo a los mitileneos culpables (mil individuos):

Discutieron después sobre la suerte de los otros prisioneros, y, movidos por la ira, decidieron dar muerte no sólo a los presentes, sino también a todos los varones mitileneos mayores de edad, y reducir a la esclavitud a niños y mujeres.

(III 36, 2)

Pero al día siguiente les sobrevino un cierto arrepentimiento, unido a la reflexión de que la resolución tomada, de aniquilar a una ciudad entera en lugar de a los culpables, era cruel y monstruosa.

(III 36, 4)

En seguida despacharon otra trirreme, a toda prisa, para no encontrar la ciudad ya destruida si llegaba primero la que había zarpado antes; y ésta llevaba aproximadamente un día y una noche de ventaja.

(III 49, 2)

Aquella llegó con la anticipación suficiente para que Paques pudiera leer el decreto y se dispusiera a ejecutar lo decidido, pero la segunda atracó a continuación de la otra e impidió la matanza. Tan cerca del peligro estuvo Mitilene.

(III 49, 4)

- La destrucción por parte de los peloponesios de Platea hasta los cimientos. Sus habitantes fueron muertos (los hombres) o esclavizados (las mujeres y los niños) y el terreno pasó a ser posesión de los tebanos, aliados de Esparta.

- La toma de Pilos y Esfactoria: los atenienses obligaron a rendirse a casi dos centenares de espartanos, hecho insólito en la historia griega.

- La agresiva y fallida estrategia ateniense contra Megara y Beocia que concluyó con la dura derrota sufrida en la batalla de Delio contra los beocios. En dicha batalla se empleó contra los atenienses un extraño artilugio lanzallamas:

Tras diversas tentativas por otros procedimientos, aproximaron al muro un ingenio con el que lograron tomarlo. Era como sigue. Después de aserrar en dos una larga viga, la vaciaron del todo y de nuevo ajustar exactamente las dos partes, formando una especie de tubo; en un extremo colgaron con cadenas un caldero, al que iba a parar un tubo de hierro de fuelle que formando un codo bajaba desde la viga, y también estaba recubierto de hierro gran parte del resto del madero. Desde una cierta distancia y en carros llevaron este ingenio al pie del muro, por la parte que había sido construida con mayor cantidad de sarmientos y maderos; y una vez que estuvo cerca, aplicaron grandes fuelles al extremo de la viga que estaba en su parte y se pusieron a insuflar aire. El aire, inyectado a través del tubo, llegaba al caldero, que contenía carbones encendidos, azufre y pez, y provocaba una gran llamarada, lo que prendió fuego al muro, de suerte que ya nadie pudo permanecer allí, sino que los hombres lo abandonaron y se dieron a la fuga y la fortificación fue tomada por este procedimiento.

(Fernando Quesada, *Armas de Grecia y Roma*, IV 100, 1)

- La campaña exitosa del espartano Brásidas en Tracia, que concluyó con la batalla por la ciudad de Anfípolis, donde resultó victorioso pese a morir tanto él como el ateniense Cleón.

- La firma de la paz, buscada por ambos bandos después del enorme desgaste realizado durante diez años:

Ni unos ni otros emprendieron ninguna acción de guerra, y tuvieron una mayor inclinación por la paz. Los atenienses habían sufrido un duro golpe en Delio, y otro en Anfípolis poco después, y ya no tenían la firme confianza en sus fuerzas que antes les había hecho rechazar un tratado de paz, creyendo, a causa de sus éxitos del momento, que se harían con la victoria... Los lacedemonios, por su parte, se inclinaban por la paz debido a que la guerra se desarrollaba de modo contrario a sus previsiones por cuanto habían pensado que en pocos años aniquilarían el poderío de Atenas si devastaban su territorio; pero se habían visto sumidos en el desastre de la isla (Esfactoria), desastre sin precedentes en Esparta, y su tierra se veía sometida al pillaje desde Pilos y Citera, mientras que sus hilotas desertaban.

(V 14, 1-3)

Una vez que... hubieron muerto Cleón y Brásidas, quienes precisamente eran en uno y otro bando los más acérrimos adversarios de la paz.

(V 16, 1)

El paréntesis que supuso esta paz, paz *de iure* más que *de facto*, fue un periodo de alianzas y contraalianzas entre las ciudades griegas, que se alineaban en un bando o en otro según conveniencia. Tucídides describe estos tiempos (libros V, VI y VII) como unos años de violaciones de acuerdos, de tensiones crecientes entre Atenas, Esparta, Argos, Corinto y Tebas, que culminaron con la batalla de Mantinea donde los espartanos y aliados derrotaron a los argivos y los suyos. Y es en esta fase donde Tucídides marca en su obra, como ya se ha dicho, una aparente división, con unos párrafos que se conocen como «segunda introducción» en los que, como al inicio de la obra, se cita a sí mismo como autor del texto y hace una serie de consideraciones previas acerca de lo que va a exponer a continuación. No deja de ser curioso que Tucídides, en general remiso a mencionar oráculos y aún más a darlos por buenos, se hace aquí eco de uno que al parecer circuló por Atenas, y que él mismo valida y confirma:

Para aquellos que hacen afirmaciones fundándose en oráculos, resultará que éste es el único caso confirmado con seguridad. Yo mismo recuerdo, en efecto, que siempre, tanto al principio de la guerra como hasta que se terminó, eran muchas las personas que anunciaban que duraría tres veces nueve años.

(V 26, 3)

Y en efecto, según la valoración del conflicto que hizo Tucídides, la guerra duró exactamente veintisiete años.

- Merece mención particular, dentro de este periodo de falsa paz, la exposición tucidídea del caso de la pequeña isla de Melos, neutral en el conflicto, y el castigo sufrido por sus habitantes ante la negativa a entrar en la alianza ateniense. El debate entre los melios y los atenienses que recrea Tucídides es otra de esas pequeñas obras maestras que el autor construye en su obra, pues sin abandonar su habitual imparcialidad es capaz de transmitir un sentimiento de profunda lástima por el destino que van a sufrir los habitantes de Melos, cuyo argumento es la neutralidad, a manos de los atenienses, que esgrimen el argumento de la fuerza:

Atenienses: «En ese caso, pues, no recurriremos, por lo que a nosotros atañe, a una extensa y poco convincente retahíla de argumentos, afirmando, con hermosas palabras, que ejercemos el imperio justamente porque derrotamos al Medo o que ahora hemos emprendido esta expedición contra vosotros como víctimas de vuestros agravios... porque vosotros habéis aprendido, igual que lo sabemos nosotros, que en las cuestiones humanas las razones de derecho intervienen cuando se parte de una igualdad de fuerzas, mientras que, en caso contrario, los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan».

(V 89)

Melios: «¿Y cómo puede resultar útil para nosotros convertirnos en esclavos, del mismo modo que para vosotros lo es ejercer el dominio?». Atenienses: «Porque vosotros, en vez de sufrir los males más terribles, seríais súbditos nuestros y nosotros, al no destruirlos, saldríamos ganando». Melios: «¿De modo que no aceptaríais que, permaneciendo neutrales, fuéramos amigos en lugar de enemigos, sin ser aliados de ninguno de los dos bandos?». Atenienses: «No, porque vuestra enemistad no nos perjudica tanto como vuestra amistad, que para los pueblos que están bajo nuestro dominio sería una prueba manifiesta de debilidad, mientras que vuestro odio se interpretaría como una prueba de nuestra fuerza».

(V 92-95)

Melios: «En lo tocante a la fortuna, confiamos en que no seremos peor tratados por la divinidad, pues somos hombres piadosos que nos enfrentamos a un enemigo injusto».

(V 104)

Melios: «... Nuestra propuesta es ser amigos vuestros, sin enemistarnos con ninguno de los dos bloques, y que vosotros os retiréis de nuestra tierra después de concluir un tratado que resulte satisfactorio para ambas partes»... (Los atenienses contestan:) «En fin, cuanto mayor sea la confianza con que os abandonéis a los lacedemonios, a la fortuna y a las esperanzas, tanto mayor será vuestra caída».

(V 113)

Los atenienses mataron a todos los melios adultos que apresaron y redujeron a la esclavitud a niños y mujeres. Y ellos mismos, con el posterior envío de quinientos colonos, poblaron el lugar

(V 116, 4)

• Pero lo más destacable en las páginas que Tucídides dedica a este periodo entreguerras es la expedición ateniense a Sicilia. La ciudad preparó una expedición de magnitudes nunca igualadas hasta la fecha, en principio para ayudar a una ciudad siciliana que tenía problemas con otra ciudad vecina, pero la misión ateniense en realidad enmascaraba una intención de conquista de la isla entera:

La ciudad se había recuperado recientemente de la epidemia y del periodo de guerra continua, tanto por lo que hacía al número de jóvenes en edad militar, que había aumentado, como por la acumulación de dinero debida a la tregua.

(VI, 26)

Los propios atenienses y algunos aliados que se encontraban en Atenas bajaron al Pireo en el día señalado, al alba, y se embarcaron para hacerse a la mar. Con ellos también bajó,

por decirlo así, toda la restante población que se encontraba en la ciudad, ciudadanos y extranjeros; las gentes del país acompañaban cada cual a los suyos, unos a sus amigos, otros a sus parientes, otros a sus hijos, iban con esperanza pero sin dejar de lamentarse, pues pensaban en las tierras que conquistarían pero, considerando, cuán lejos de su patria les llevaría la travesía que emprendían, se preguntaban si volverían a ver a aquellos a quienes despedían.

(VI 30, 1-2)

En efecto, esta primera escuadra fue lamás costosa y la más magnífica de las que hasta aquel momento se habían hecho a la mar desde una sola ciudad y con fuerzas griegas.

(VI 31, 1)

En fin, esta expedición no fue menos famosa por la admiración que causaba su audacia y por la brillantez del espectáculo que por la superioridad de aquel ejército frente al enemigo contra el que se dirigían.

(VI 31, 6)

Un vez que las tripulaciones hubieron subido a las naves y que ya estuvo a bordo todo aquello con lo que debían zarpar, la trompeta tocó silencio. Entonces se dijeron las plegarias que se rezan habitualmente antes de zarpar, no cada nave por separado sino todas juntas, siguiendo a un heraldo. Por todo el ejército se había mezclado el vino en las crateras y representantes de las tropas a bordo y comandantes hicieron libaciones con copas de oro y plata. Se unió a la plegaria toda la multitud que se encontraba en tierra, tanto los ciudadanos como las demás personas allí reunidas para desear el éxito de la empresa. Después de cantar el peán y de concluir las libaciones, las naves levaron anclas y salieron del puerto en columna.

(VI, 32, 1-2)

La expedición fue un absoluto fracaso: en breve tiempo la armada fue destrozada, la infantería aniquilada, y el desastre se convirtió en la mayor desgracia acaecida en Atenas hasta la fecha, a la altura de la epidemia de hacía una década, un golpe terrible del que la ciudad apenas pudo recuperarse:

Esta empresa ha resultado ser la más grande de las acometidas en el curso de esta guerra, e incluso, a mi parecer, de todos los hechos de los griegos que la tradición nos ha transmitido; ha sido la más esplendorosa para los vencedores y la más desgraciada para los vencidos. Completamente derrotados en todos los campos y sin que ninguno de sus sufrimientos fuera en absoluto de poca monta, se hallaron en una situación, como suele decirse, de ruina total: su infantería y su flota quedaron aniquiladas y no hubo nada que no fuera destruido, y de los muchos hombres que habían partido, muy pocos regresaron a su hogar. Estos fueron los sucesos de Sicilia.

(VII 87, 5-6)

• También se ocupa Tucídides de describir la acción espartana probablemente más audaz, y que a la larga contribuiría enormemente al triunfo final, que llevaron a cabo en toda la guerra, gracias al consejo recibido del tráfuga Alcibíades: la instalación de una base permanente en Decelia, en las proximidades de Atenas, desde la cual hostigar al enemigo.

·Mención especial requiere el «suceso de los tracios», que Tucídides describe brevemente pero que encierra en sí mismo toda la abominación y desgracia que para la raza humana conllevan las guerras. Los atenienses mandaron llamar de Tracia a mil trescientos guerreros para embarcarlos hacia Sicilia, pero finalmente se quedaron en Atenas. Al no poder costear sus soldadas, los atenienses los enviaron a saquear las tierras vecinas. Así llegaron a Micaleso, una cercana ciudad beocia:

Irrumpiendo en Micaleso, los tracios se pusieron a saquear las casas y los templos y a asesinar a las personas, sin ninguna consideración por las de mayor o menor edad, sino matando sin excepción a todo el que encontraban, incluso niños y mujeres, y también animales de carga, y todo cuanto veían con vida. La raza de los tracios, cuando se siente segura, es muy sanguinaria, igual que los pueblos bárbaros más crueles. En esta ocasión, entre no pocos alborotos y todo tipo de matanzas, se precipitaron sobre una escuela e niños, que era la más importante del lugar, y en la que los niños habían entrado hacía poco, y los asesinaron a todos. Esta desgracia, la más grave de todas para la ciudad entera, se abatió sobre ella de forma más inesperada y terrible que ninguna otra.
(VII 29, 4-5)

Tales fueron los acontecimientos de Micaleso, ciudad que, proporcionalmente a su tamaño, sufrió un desastre no menos digno de conmiseración que cualquier otro de los ocurridos durante esta guerra.
(VII 30, 4)

De la última fase de la guerra, que duró otra década, Tucídides sólo llegó a describir hasta el año 411 a.C. (libro VIII). Ese año vio cómo varias islas del Egeo se rebelaban contra el dominio ateniense, cómo Atenas cambiaba su sistema de gobierno, la casi centenaria democracia, por una oligarquía formada por 400 ciudadanos, y cómo, por intereses propios y por requerimiento de los espartanos, que estaban necesitados de dinero para poder seguir sufragando los gastos de la guerra, entró en escena el Imperio Persa:

·Quíos, Mileto, Rodas y otras ciudades se rebelaron contra el poder ateniense. Tucídides relata los acontecimientos que se produjeron en el mar Egeo en aquel año, en los que Alcibíades, los lacedemonios y los persas jugaron su papel.

·La tensión política en Atenas por los continuos fracasos en la guerra fue en aumento hasta llegar al punto en que del enfrentamiento entre oligarcas y demócratas resultó un cambio de gobierno (que ciertamente habría de durar poco):

Y entonces ya se propuso abiertamente que no se siguiera ejerciendo ningún cargo público de acuerdo con el ordenamiento vigente, ni se pagara sueldo alguno, y que se procediera a la elección de cinco *proedros* («presidentes»), que a su vez elegirían a cien ciudadanos, cada uno de los cuales procedería a la cooptación de otros tres; y estos cuatrocientos ciudadanos accederían a la sede del Consejo y gobernarían con plenos poderes de la forma que consideraran más conveniente, y convocarían a los Cinco Mil cuando les pareciera oportuno.
(VIII 67, 3)

• Tucídides se apercibe de que a los persas, aun prefiriendo la derrota ateniense, se encontraban cómodos con la simple circunstancia de que los griegos pelearan entre sí. En cualquier caso, las primeras alianzas de aquel tiempo las realizaron con los lacedemonios, y Tucídides reproduce estos acuerdos literalmente:

«En el año decimotercero del reinado de Darío, siendo Alexípidas éforo en Esparta, se concluyó un pacto en la llanura de Meandro entre los lacedemonios y sus aliados, por un lado, y Tisafernes, Hierámenes y los hijos de Farnaces, por otro, respecto a las relaciones entre el Rey y los lacedemonios y sus aliados. Todo el territorio del Rey situado en Asia pertenecerá al Rey; y el Rey dispondrá como quiera en lo relativo a su territorio. Los lacedemonios y sus aliados no irán al territorio del Rey para causar daño alguno, ni tampoco el Rey al de los lacedemonios y sus aliados para causar daño alguno. Si alguno de los lacedemonios o sus aliados va al territorio del Rey para causar daño, los lacedemonios y sus aliados lo impedirán; y si alguien procedente del territorio del Rey va contra los lacedemonios o sus aliados para causarles daño, el rey lo impedirá. Tisafernes proporcionará sustento a las naves actualmente presentes, de acuerdo con el convenio existente, hasta que lleguen las naves del Rey. Cuando lleguen las naves del Rey, los lacedemonios y sus aliados, si así lo desean, podrán atender a los gastos de sostenimiento de sus propias naves. Pero si quieren recibir el sustento de Tisafernes, Tisafernes se lo proporcionará, y los lacedemonios y sus aliados, cuando acabe la guerra, devolverán a Tisafernes todo el dinero que hayan recibido. Cuando lleguen las naves del Rey, las naves de los lacedemonios, las de sus aliados y las del Rey harán la guerra en común, de acuerdo con las decisiones de Tisafernes y de los lacedemonios y sus aliados. Y si quieren hacer la paz con los atenienses, procederán de la misma manera».

(VIII 58)

La obra de Tucídides termina abruptamente en el vigésimo primer año de guerra y sin llegar a mencionar el vigésimo segundo. Como ya se ha dicho, será Jenofonte quien continúe la crónica, de una manera natural y sin hacer ninguna referencia a su antecesor⁸. Finalmente Atenas perdió la guerra, una guerra a la que parecía más predisuelta que los espartanos, que fueron quienes la provocaron. Tucídides, y después Jenofonte, reflejan un bando ateniense inquieto, dinámico, sobrepuesto a todas las adversidades que se le fueron presentando, y frente a él unos espartanos siempre cautos, remisos a la audacia, faltos de iniciativa (y cuando la tuvieron consiguieron el triunfo), pendientes más de no perder que de ganar, de acabar la guerra más que de continuarla (varias veces propusieron a Atenas la paz, la última a falta de dos años para que finalizara el conflicto, y siempre —salvo en una ocasión— consideraron los atenienses más conveniente para sus intereses proseguir con las hostilidades). Tucídides no disimula esa actitud sino que la muestra sin ningún remordimiento, como muestra la sensación de opresión que muchas ciudades griegas tenían respecto del poderío ateniense, y el papel de los espartanos como «libertadores de Grecia».

Existen en castellano numerosas ediciones de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, algunas de ellas meritorias, preparadas por especialistas y con buenas introducciones. La de la editorial Gredos, en cuatro volúmenes, a cargo de Juan José Torres Esbarranch está profusamente anotada, tanto que a menudo las notas superan con creces el espacio del texto. Antonio Guzmán Guerra ha traducido la obra para Alianza Editorial en un volumen de más de 800 páginas. También la editorial Akal, en su sección de Akal/Clásica, ha publicado a Tucídides en la versión de Luis Miguel Macía

⁸ «No muchos días después de estos acontecimientos...» *Helénicas*, I 1

Aparicio; y la editorial Càtedra ha hecho lo propio con la traducción de Francisco Romero Cruz. Es interesante mencionar también la versión a cargo de la editorial mexicana Porrúa, que recupera una traducción directa del griego del siglo XVI a cargo de Diego Gracián, quien llegara a ser secretario de Carlos I; es una traducción deficiente si se compara con las actuales, pero deliciosa en cuanto a la prosa (y accesible desde internet). En cuanto a ediciones parciales, es interesante mencionar que la editorial Sequitur publicó no hace mucho en versión bilingüe el *Discurso fúnebre de Pericles*, y que la Universidad de Zaragoza recuperó en el 2007 la edición de los discursos de la guerra del Peloponeso que Juan Fernández Heredia publicó en el siglo XIV en lengua aragonesa (*Discursos de la guerra del Peloponeso. Versión aragonesa de la Historia del Peloponeso, patrocinada por J. Fernández de Heredia*). En el género del ensayo filosófico, recientemente ha visto la luz *La cosa y el relato. A propósito de Tucídides* (editorial Adaba, 2009), de Felipe Martínez Marzoa, filósofo y profesor de filosofía de la Universidad de Barcelona; se trata de un breve pero denso ensayo (como la mayoría de los que escribe M. Marzoa) que forma parte de un trabajo de mayor envergadura acerca del «decir griego». Y ya en el género de la estudio biográfico, Luciano Canfora escribió hace unos años [El misterio Tucídides](#) (Alderabán Ediciones, 2001), en un intento de contar la vida del ateniense y buscarsoluciones a ciertos aspectos oscuros de su biografía. En cuanto a la bibliografía acerca de Tucídides y de la guerra del Peloponeso, cabe decir que es vastísima. Recientemente la editorial Edhasa ha publicado una obra del mayor especialista actual sobre el tema: la [Historia de la guerra del Peloponeso](#), de Donald Kagan, magnífico libro que sin embargo no deja de ser un resumen de la magna obra en cuatro volúmenes que sobre la guerra peloponesia publicó Kagan a lo largo de 20 años.

El lector moderno, tras haber recorrido los ocho libros de Tucídides, sin duda ha de encontrar dificultad en sentirse partícipe de lo que se le ha descrito, en abrigar simpatías o antipatías (más que si acaso de manera superficial) por los griegos que vivieron aquella guerra. La enorme distancia temporal, cultural, geográfica, etc. entorpece que se sienta empatía con los protagonistas del conflicto, protagonistas que, por otra parte, en el relato de Tucídides casi nunca son (con contadas excepciones) las personas particulares que lo vivieron (que son siempre tratadas como conjunto, nunca de manera individualizada) sino las que tomaron las decisiones, las que lideraron los ejércitos, las que encabezaron las embajadas. Pero ¿acaso puede hacerse la crónica de una guerra de otro modo que no sea hablando de lo que en ella hicieron los líderes de cada bando, Pericles, Arquidamo, Nicias, Brásidas, Alcibíades...? Quizá sí, pero la intención de Tucídides no es bajar hasta la anécdota del sufrimiento del campesino ateniense que tiene que abandonar sus pertenencias y su vida entera para hacinarse dentro de las murallas de Atenas, y tras ellas pasar hambre, padecer una terrible epidemia y temer continuamente por su vida; ni la del espartano que es adiestrado de mala manera para que pueda subirse a un barco y plantar cara a la flota ateniense, y sucumbir ahogado lejos de su patria. Quizá si Tucídides hubiera hecho este tipo de relato, más acorde con el estilo anecdótico de Herodoto, su obra habría resultado más atractiva, pero él no buscaba eso, como ya sabemos. El de Halicarnaso se preocupa en destacar quiénes fueron los espartanos más sobresalientes en las Termópilas, quiénes los griegos más valientes en Platea; Tucídides en cambio es un cronista de la guerra con mayúsculas, no de los que participan en ella sino de los que la deciden (aunque esos también participan, claro está); es más: es un analista de los hechos, siempre pendiente de indagar sus causas para no quedarse en la mera descripción. Y no se entienda esto como una carencia en la obra de Tucídides sino como la elección de una perspectiva desde la que narrar el conflicto, una perspectiva que deja entrever el sufrimiento del conflicto pero

que no hace de éste el eje de su discurso. Su intención es, como él mismo dijo, la de escribir una obra fiel a los hechos y sobre todo útil, y la utilidad nada tiene que ver con la emotividad o los sentimientos. La crónica de Tucídides no es, no debería ser, una obra que sube y baja en función del oleaje de las modas y los gustos, sino un documento testimonial imperecedero, una crónica de los hechos que sumieron a la civilización griega en el mayor de sus desastres; no una pieza de concurso de éxito fugaz e inasible sino «una adquisición para siempre».